

los cristianos y los cambios sociales

El tema de la revolución social en relación con las exigencias evangélicas ha tomado ya carta de ciudadanía en los ambientes cristianos más dinámicos. Ya en el número 60 de nuestra revista se trató este problema con una fundamentación seria en los mismos evangelios. La intención de este artículo va por otro camino. Quiere ser una reflexión personal sobre estas dos realidades que se implican.

el mensaje cristiano para la revolución

Es evidente que los escritos en los que la Iglesia primitiva no ha transmitido el mensaje de Jesús de Nazaret no contienen un *programa* de revolución social o política. No hay ningún pasaje en que se nos indique un camino trazado en orden a una *actuación de partido*. Y esto es teológicamente lógico. El Nuevo Testamento nos presenta sobre todo un enfoque de la historia dinámico y consiguientemente una teología de la provisionalidad de todo sistema en función de la fe en un futuro de la humanidad. Un futuro que existe ya presentido en cada hoy del hombre y que es la fuerza dinámica para la actuación del cristiano en el mundo. Es, en términos evangélicos, una teología del Reino de Dios que está ya entre nosotros y que hemos de construir a cada momento.

Sin embargo para muchos es innegable que el Evangelio es un polvorín de actitudes revolucionarias. El Cristiano no puede comprometerse absolutamente con un determinado sistema político sin renunciar a la esperanza evangélica que le proyecta hacia un "más allá" dentro siempre del "más acá" de las tareas humanas. El compromiso con el sistema es una afirmación de la suficiencia del presente, y una negación del futuro de la Humanidad. Este es el sentido escatológico de la vida cristiana: no afincarse nunca en estructuras históricas para luchar sin descanso por ese futuro también histórico vivenciado por la fe.

El Evangelio nos presenta un mensaje encarnado en la persona de Jesús. Y este Hombre adoptó actitudes revolucionarias para la sociedad de su

tiempo. Jesucristo se puso decididamente al lado de los pobres y de los oprimidos por el poder político y religioso. A éstos maldice; a aquéllos llama felices. Tuvo que ser escandalosa la actitud de Cristo frente a los fariseos, representantes del poder religioso. El relato del capítulo 23 del evangelio según Mateo aún hoy nos impresiona. No es menos agresiva la respuesta que da a los emisarios del rey Herodes cuando éste pensaba en eliminarle: "Decidle a esa zorra: yo expulso demonios y llevo a cabo curaciones hoy y mañana, y al tercer día soy consumado. . ." (Lc 13,32). Revolucionario fué sin duda su enfrentamiento al legalismo religioso-político del judaísmo en todo lo referente al sábado y a las purificaciones. Llamó felices a los pobres y porque era sincero fué pobre, un hombre del pueblo, un profeta popular con quien las personas importantes tenían que hablar a solas y de noche (Jn. 3,2).

No podemos decir, sin pecar de anacrónicos, que Jesucristo fué un revolucionario dando a esta palabra un sentido contemporáneo. Pero sería injusto reducirle a un predicador de la resignación y la mansedumbre. A hombres así, se les desprecia; a Cristo le condenaron a muerte. Y su muerte no fué sólo por una acusación de tipo religioso (Mc 14,64), sino también porque perturbaba el orden establecido y sublevaba al pueblo por todo el territorio (Lc 23,5). Jesucristo fué un revolucionario en sentido pleno de adoptar una postura frente a la estructura de poder poniendo de manifiesto el valor eterno del hombre frente a la caducidad de cualquier sistema de autoridad (Mt 20,25; Lc 13,32; Jn 18,36; Lc 22,26; Jn 13,14).

Toda esta reflexión que se podría ampliar enormemente, me ha llevado a afirmar que del evangelio vivido con honradez se deducen actitudes revolucionarias que los cristianos adoptaremos con mayor o menor radicalidad. La llamada universal que se hace en el Evangelio a promover al hombre y sus valores más plenamente humanos como son el amor y la justicia; a tomar en serio la realidad mundana del hombre (este es el sentido de la encarnación); al compromiso con los oprimidos; a la fidelidad en el caminar del pueblo de Dios hacia su futuro, es sin duda una llamada a la más radical y más inédita de las revoluciones.

Resulta lamentable comprobar cómo hemos podido desfigurar el mensaje evangélico hasta convertirlo en un semillero de conformistas y resignados. Sólo cuando el cristianismo se convirtió en una estructura de poder al aliarse con la situación política perdió su matiz revolucionario. Quiero citar un párrafo del sociólogo Erick Fromm en "Psicoanálisis de la sociedad contemporánea", que tiene el valor de un testimonio desapasionado desde el ángulo de visión de la ciencia sociológica: "Aunque el cristianismo primitivo había sido un movimiento espiritualmente revolucionario de los pobres y los desheredados, que discutían la legitimidad moral del estado existente, la creencia de una minoría que aceptaba la persecución y la muerte como testimonios de Dios, se convirtió en un tiempo increíblemente corto en la religión oficial del Imperio Romano. Mientras la estructura social del Imperio se iba consolidando lentamente en un régimen feudal que sobrevivió en Europa más de mil años, la estructura social de la Iglesia Católica, empezó por su parte a cambiar.

La actitud profética que estimulaba la discusión y la crítica del poder secular por la violación de este de los principios del amor y la justicia, perdió importancia. La nueva actitud buscaba el apoyo sin distinciones en el poder de la Iglesia como institución. Se dió a las masas esta satisfacción psicológica, para que aceptaran su dependencia y su pobreza con resignación y no se esforzaran por mejorar su condición social”.

Creo que a pesar de que este juicio del constantinismo y sus consecuencias es ya patrimonio de casi todos los cristianos, no está de más recordarlo para poner de relieve el valor positivo del Evangelio para hacer de los hombres honrados profetas incómodos para las estructuras de autoridad.

la revolución social para la vida cristiana

Pero hay algo más. En nuestro momento histórico, sin una revolución social es imposible la vida cristiana.

Son muchos los cristianos de buena voluntad que comprenden la exigencia que el evangelio supone para su vida. Sienten que la pobreza no es un consejo para una minoría sino un camino abierto como tensión dinámica para todo cristiano. Comprenden que aceptar la desigualdad escandalosa de nuestra sociedad y llamarse hermano de los hombres, es un contrasentido insostenible. Reconocen que vivimos en una situación de injusticia y por tanto de pecado del que todos participamos realmente. De todo esto son conscientes muchos cristianos de hoy, y de otros muchos aspectos anticristianos en los que el mundo vive con toda tranquilidad.

Sin embargo, estos mismos cristianos se sienten incapaces de solucionar tanta aporía. No pueden romper individualmente con un ambiente social que es parte sustancial de su vida. Se estrellan contra ese sustrato inmovilista del Yo de todo hombre, en el momento de pensar en las concreciones de las exigencias que descubren. Son hombres que se sienten distorsionados por dos fuerzas contradictorias: hacia la radicalidad y hacia la conservación de la propia seguridad. Y en medio de esta tensión no saben optar.

Y no saben porque no pueden. Son los juicios de valor que rigen en su contexto sociológico sobre, por ejemplo, la prudencia, el equilibrio, el progreso, la eficacia, las formas sociales, la violencia, o los criterios de tipo religioso, fruto más bien de una mentalidad determinada que de un análisis honrado del evangelio, los que condicionan su capacidad de decisión. Tanto de esos juicios de valor como de esos criterios religiosos el hombre normal no puede independizarse porque son parte de su propia intimidad y los considera de valor absoluto sin darse cuenta de que son fruto de un determinado momento histórico y por lo tanto relativos. La sociedad, en gran parte, impone al hombre lo que tiene que pensar, lo que ha de aceptar como portador de valor, el cómo tiene que compor-

tarse, y el hombre normal es incapaz de enfrentarse a toda una sociedad. Sería en el fondo luchar contra sí mismo.

Reflexionando sobre los criterios vigentes en una sociedad capitalista, encontramos que, a modo de ejemplo, la diferencia de clases es algo natural, exigido por el juego de las oportunidades en libre competencia; que las desigualdades económicas son inevitables supuesta la infravaloración del trabajo del hombre frente al dinero o el saber técnico; que el elevarse por encima de otros, el mejorar individualmente de condición social, es un valor que merece toda admiración. Sería interminable una lista de vigencias sociales impuestas al hombre que se mueve en un ambiente capitalista, pero creo que lo dicho basta para apoyar la afirmación válida en psicología de que la sociedad condiciona al hombre en su manera de pensar y valorar.

De lo dicho parece deducirse que a un hombre inmerso en una cultura capitalista como la nuestra le resulta casi imposible vivir el evangelio con radicalidad, y que si quiere hacerlo se ve constreñido a salirse del sistema. Esto sólo pueden hacerlo hombres de una riqueza humana casi fuera de serie. Es por esta razón por la que me atreví a afirmar que hoy día es necesaria una revolución social para ponernos en condiciones de empezar a vivir radicalmente el Evangelio. Cuando hayamos conseguido una sociedad nueva basada en un concepto más auténtico del valor de la persona, la vida cristiana no será tan distorsionante como lo es hoy. Será una cultura que al imponerse al hombre le ayude a vivir el evangelio.

Sin embargo sería ingenuo y contradictorio con las ideas apuntadas al principio de este artículo, pensar que bastará con sustituir un sistema funesto por otro que haga posible la floración de vigencias más cristianas. Esto será necesario en un determinado momento histórico y el cristiano ha de comprometerse en esa tarea; pero es preciso ser conscientes de que la actitud revolucionaria no acaba una vez finalizado el cambio. Si alguna vez ese cambio se realiza el cristiano no podrá comprometerse con el nuevo sistema. Para seguir fiel al hombre y a la humanidad que avanza hacia la plenitud del Reino de Dios tendrá que seguir luchando para promover un nuevo avance y una nueva sociedad.